

Ave María

Prot. 580/2005

Roma, 16 de noviembre de 2005  
*Fiesta de todos los Santos de la Orden*

A TODOS LOS SIERVOS Y SIERVAS DE SANTA MARÍA EN ESPAÑA

***El don de una vida entregada por amor:  
125 años del nacimiento  
de la Beata Madre María Guadalupe Ricart Olmos***

Muy queridos hermanos y hermanas:

¡Que la paz y la esperanza del Señor Jesús estén siempre con vosotros!

Con mucha alegría quiero compartir con todos vosotros los sentimientos que me invaden al contemplar la vida y el testimonio evangélico de la Madre Guadalupe, cuando nos preparamos a celebrar los 125 años de su nacimiento (23 de febrero 1881 – 23 febrero de 2006), una ocasión adecuada para profundizar en la figura de esta Mártir de nuestro tiempo, cuyo herencia vital nos habla de ofrenda, de sacrificio, de inmolación por causa del Evangelio.

Mi compartir con vosotros quiere centrarse en la ejemplaridad de una existencia vivida por amor, en fidelidad a Cristo Señor, en la vocación monástica dentro de la Familia de los Siervos de Santa María.

La Madre Guadalupe, como la invocamos familiarmente, es un claro testimonio de cómo se vive una vida que se hace fecunda en la entrega, en el testimonio, en la fidelidad.

El mensaje de esta testigo valiente de Jesús es la encarnación de la sabiduría del Evangelio, vivido en la sencillez de lo cotidiano, en el reducido espacio físico de un Monasterio de vida contemplativa, pero abierto a la comunión de los santos. Nosotros la recordamos hoy sobre todo por el ardor de su fe intrépida, de su caridad heroica y de su esperanza incommovible.

La Madre Guadalupe ha hecho grande lo pequeño (la vida ordinaria) y universal lo particular (su martirio). Es la prueba de que para ser santos lo que se necesita es poner amor y bien en todo y para con todos, sin buscar lo extraordinario y sin perderse en teorías.

Solamente desde una existencia vivida con fe, esperanza y caridad, centrada en el Amor, Jesús, el Hijo de Santa María, puede nacer la fuerza para ser testigos de perdón y reconciliación incluso ante el ultraje de una muerte violenta.

La Madre Guadalupe nos enseña también hoy a mirar a lo central en nuestra vida, a no desperdiciar el tiempo, a continuar siendo, en la sociedad que nos toca vivir, sencillamente discípulos y discípulas de Jesucristo, en lo diario, para vivir y anunciar un evangelio de esperanza, de paz, de acogida, de servicio, de bondad y de alegría.

Nuestra Mártir nos dice hoy, queridos hermanos y hermanas, que también nosotros podemos ser santos, porque todos estamos llamados a la santidad: “Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo” (*Lev 19, 2*). Es lo que hoy se espera de todos los miembros del Pueblo de Dios; es lo que el mundo anhela ver: vidas vividas y ofrecidas en la gratuidad del amor; fieles hasta el fin; coherentes; elocuentes por lo que viven, más que por lo que dicen; seguidores y seguidoras que saben compartir alegría, paz, reconciliación, en fin, el espíritu de las Bienaventuranzas para con todos (cfr. *Mt 5, 1-12*), pero en especial con quienes son menos amados en nuestros contextos, hoy.

La Madre Guadalupe ha fundado su vida sobre la Roca que es Cristo, lo ha encontrado, lo ha experimentado y, con su muerte violenta, ha dado testimonio del Evangelio del Perdón y de la Paz.

Esa vida ofrecida por amor se ha forjado a lo largo de 55 años, progresivamente, inspirada por la Madre del Señor y por el ejemplo de nuestros Siete Santos Fundadores. No se ha improvisado. La madurez de santidad adquirida por nuestra Beata ha estado acompañada por la fuerza increíble de la oración-adoración-contemplación y por el compromiso generoso de caridad fraternal.

La Madre Guadalupe ha recorrido, seguramente sin saberlo, como les sucede a los Amigos de Dios, un camino de santidad, nuestra común y principal vocación, inspirándose en la Sierva humilde del Señor. Y esa santidad, conquistada a fuerza de fidelidad y entrega, iluminada por la Eucaristía y la Palabra sagrada, ha sido el gran regalo que nos ha dejado, para que también nosotros, hoy, en nuestra vida diaria, vivamos como todos nuestros hermanos y hermanas Santos y Santas de todos los tiempos, y seamos testigos valientes y coherentes del Señor Jesús y de su Buena Noticia para todos.

Tal vez a nosotros no se nos pida testimoniar la fe con la gracia del Martirio, pero tenemos la posibilidad de hacerlo en la vida de cada día, igualmente exigente si queremos vivir con calidad, es decir, desde la óptica del Maestro, que no es otra que la de un amor crucificado. Es el precio de la fidelidad al Amor. Vale la pena.

Celebrar los 125 años del nacimiento de la Madre Guadalupe puede convertirse en una invitación a “nacer también nosotros de nuevo”, para vivir siempre y en todo, según el Corazón de Dios, manteniendo con todos “*sólo relaciones de paz, de misericordia, de justicia y de amor constructivo*” (...). “*En este empeño de servicio, la figura de María al pie de la Cruz sea la imagen que nos guía. Puesto que el Hijo del hombre es aún crucificado en sus hermanos, nosotros, los Siervos (y las Siervas) de la Madre,*

*queremos estar con Ella a los pies de las infinitas cruces, para llevarles consuelo y cooperación redentora” (Constituciones OSM, art. 319).*

Invocando de corazón la intercesión de la Madre Guadalupe, que siempre tanto quiso a la Orden, os saludo cordialmente en el Señor y en nuestra Madre Santa María.

fray Ángel M<sup>a</sup> Ruiz Garnica, O.S.M.  
Prior General